

nester esa distensión; ha menester la ironía, la broma, a ratos.

No puede estar flechado el arco siempre.

Y si no poseyésemos facultad tan preciosa; si no se divirtiese un poco la gente, hasta a expensas de sí propia, ¿podrían sobrellevarse las tribulaciones, las calamidades que están lloviendo sobre media humanidad?

Así como hay que aprovechar la menor coyuntura para desarrugar el ceño, hay también que saborear los pequeños bienes que Dios nos otorga, y agradecerlos al destino; porque estamos en horas en que todo el que no es absolutamente infeliz, puede considerarse dichoso.

Los países donde, como en la España del momento presente, no son las cruentas luchas y las profundas convulsiones más que un recuerdo, glorioso y levantador del ánimo, bien pueden estimar el inmenso beneficio.

Yo pienso en Europa, ayer tan bella, tan grata de recorrer, tan fértil en perspectivas encantadoras, hoy destrozada, encharcada de sangre, tiznada por el incendio... y, ansio que el reposo de España no se altere, porque no está la Magdalena para tafetanes, porque no cabe que nos lancemos a aventuras más graves que la de Marruecos.

Pensaba en ello, como pienso tan a menudo, durante mi excursión en automóvil, según los pueblecillos, a larga distancia unos de otros, se escalaban sobre la ruta.

La guerra, por donde pasa, va incendiando, talando mieses, sembrando, en vez de trigo, cadáveres.

Y yo contemplaba estos pueblecillos españoles, pacíficos, rodeados de sus eras, de sus predios, de sus pastos, con la frescura de la hierba nueva, primavera, y bendecía esta calma, compañera de su aislamiento, de su pobreza humilde.

Más feliz cien veces la paleta leonesa que veo hilar a la puerta de su cabaña, girando lentamente la rueda pulida por el uso entre los dedos color de ocre, que el millonario Vanderbilt, muerto a bordo del *Lusitania*, en catástrofe tremenda...

Es el eterno problema de la vida humana.

Quizás la dicha sea hilar en el umbral de una choza, sin ambición, sin codicia, sin ensueños sin aspiraciones.

Pero también aspirar es vivir...

Ante la Catedral leonesa, diré que ahora, restaurada, confirma mi impresión: es la más hermosa, y sobre todo, la más armónica y pura de cuantas atesora España.

Acabo también de visitar la de Santiago de Compostela, con motivo de una de las primeras peregrinaciones del Año Santo, y esta Basílica, por tantos estilos venerable, encierra un prodigio, el pórtico de la Gloria, en que trabajó de imaginero el Fidias del arte cristiano y del estilo románico.

La portada de Platerías, también es una joya; los admirables descubrimientos realizados en la llamada Catedral vieja y las riquezas del Tesoro, la hacen digna de los himnos que en su alabanza se han entonado.

Pero las construcciones que la forman son muy diversas, perteneciendo sus portadas y fachadas a épocas distintas.

En el interior observaríamos lo mismo.

Al lado de características esculturas románicas, hay retablos barrocos de talla enorme, fastuosos, pertenecientes al tiempo en que gongorizábamos en todo.

La Catedral de León sorprende por su unidad, a pesar de algunos remiendos, que sería milagroso si faltasen.

Debe observarse, sin embargo, y es caso curioso, que Juan de Badajoz, autor de los pegotes en el siglo XVI, trató de imitar a su estilo las cresterías góticas; y en efecto, consiguió, cuando menos, no desentonar del carácter del edificio.

Éste es idealmente hermoso.

Compréndese perfectamente que el Arcipreste de la Catedral, en novela arquitectónica *Pulchra Leonina*, demuestre hallarse tan sugestionado por la belleza del templo, que no quiera admitir la hipótesis de que puede ser de origen francés, y, al contrario, entienda que de León partió el movimiento de arte que se comunicó a Francia y Alemania, y atribuya a un arquitecto leonés la construcción de las Catedrales de Zamora y Santiago, y hasta el Pórtico de la Gloria, afirmando que, por datos cronológicos,

los leoneses pueden provocar tercería en el pleito sobre los orígenes del arte gótico, o mejor, ojival.

Lo innegable, es que en León se formó y consolidó la nacionalidad española, iniciada en la ruda región asturica.

Aquí, a la sombra de lo que fué palacio de los conquistadores de León, después basílica de Ordoño II, y por último espléndida Catedral, adquirió consistencia y vigor una gran España viril, que había de llenar y dominar el mundo con sus hazañas y su ardor de conquista.

Por eso es sagrada esta tierra, sagrado este templo.

El anonimato que suele acompañar al arte de la Edad Media, rodea al arquitecto que trazó el plano de la Catedral de León.

La mofa de la suerte ha querido que, en cambio, quede memoria de sus continuadores, y el más conocido de cuantos siguieron al autor, al través del tiempo, sea aquel Juan de Badajoz o Badajaz, que aplicó lindos reales y platerescos a la fábrica divina del siglo XIII.

¿No indicará este anonimato absoluto que los planos vinieron de afuera, de Francia?

Lo digo con recelo de disgustar al Arcipreste, cuya devoción estética por la Catedral es tan grande como su patriótico anhelo de considerarla puramente española y de la región.

Y a fe que que sería muy interesante y de sumo gusto para los que nos quedamos extáticos ante tal portento de hermosura, poder escribir con respeto el nombre del genio que lo creó.

Mucho habríamos de agradecer al Arcipreste que, en el Archivo, revolviendo papeles amarillentos, encontrase alguna fehaciente noticia al caso, y nos la comunicase.

En los pocos autores que consulto, nada encuentro que dé luz acerca de este punto concreto.

Llaguno y Amírola, anotado por Cean Bermúdez, es de los más acreditados, y dice de un modo categórico: «Si no hay en esta iglesia noticia segura de cuándo empezó su fábrica, menos la habrá del artífice que la ideó.»

Queda pues abierto el campo a todas las hipótesis, pero si se ignora el nombre y patria del artista, es patente la supremacía de su obra, atrevido reto a las leyes de la solidez y resistencia materiales.

Hasta los más enemigos del arte gótico, a fines del siglo XVI, cuando se preparan los infaustos días en que los edificios de este estilo serán derruidos para substituirlos con otros neoclásicos, ante la Catedral de León se inclinan estos nuevos vándalos, y la comparan al ave fénix en ser única, y la saludan embebecidos y se asombran de que no se la lleve el viento, por lo delicada, sutil y aérea.

Tanto fué el asombro, que se hicieron prolijas investigaciones para comprender cómo la Catedral se sostenía en pie, cómo sus filigranas exquisitas resistían al peso del tiempo sin venirse a tierra.

Y la explicación se encontró en uno de esos secretos de arquitectos medioevales, que hoy, después de tantos adelantos y conocimientos, se han perdido, o no hay quien los ingenie y discurra.

El secreto es que el solar donde había de fundarse la Catedral, se revistió con una capa gruesa y honda de piedra y hormigón, que formó un cimientito de consistencia de roca.

Y así pudo luego alzarse el místico ramillete, el jardín de alegría y de ensueño celestial, la Basílica, toda calada, toda iluminada por el esplendor de sus vidrieras, toda sonriente...

En ese suelo artificial que le formaron, dícese que yacen sepultos preciosos fragmentos, no sólo de las antiguas termas romanas, sino del palacio de los Reyes de León y de la Basílica de Ordoño II.

El pasado sirve de cimiento al presente... Mejor dicho: a otro pasado, que deberá estar vivo, y que no sabemos comprender en su interna poesía.

Y las generaciones que vienen no experimentan ni aun el respeto, la veneración misteriosa que el pasado exige.

Los chiquillos de León apedrean, en sus juegos y retozos bárbaros, las vidrieras antiguas y las restauradas, indistintamente.

Los ingenieros demuelen la prisión de Quevedo, en San Marcos, para construir una especie de aljibe...

Mejor están en Bombay.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Llega a mi conocimiento que una de mis crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha dado motivo de extrañeza y aun de queja al Sr. D. Dionisio Quintana, que ha visto en esa crónica algo molesto para su patria, el Paraguay.

Nada más ajeno a mi intención que herir, ni por semejas, los sentimientos patrióticos de nadie. Al contrario.

Soy partidaria de que todas las naciones profesen un acendrado patriotismo, porque el ejemplo es contagioso, y aquí estamos necesitados de fuertes reactivos para ese sentimiento cardinal.

El patriotismo es la substancia de los pueblos: si les falta, dejan de ser.

Este convencimiento racional debe substituir, o cuando menos, reforzar poderosamente aquel antiguo patriotismo instintivo, que no conviene desdeñar, pero que, unido a la convicción, hija del entendimiento, formará la raíz de las nacionalidades.

Yo, que así lo entiendo, no puedo sentir ni escribir nada mortificante del patriotismo de los paraguayos, ni ignoro que demostraron un valor y una constancia a toda prueba en horas críticas.

Hablaba, sí, de escenas cómicas, por la falta de hombres, en el Paraguay, cuando su guerra de la Independencia despobló el país.

Me refirió tales escenas, que había presenciado, un escritor satírico español, a su hora muy conocido, Eloy Perillán Buxó, esposo de la ilustre escritora que firma con el pseudónimo de Eva Canel.

El recuerdo de la festiva descripción guió mi pluma, cuando la evoqué, a propósito de la infinidad de hombres que sucumben con motivo de la presente y espantable pugna europea.

Sin duda, estas cosas son más trágicas que humorísticas; pero aquella antigua teoría de lo trágico y lo cómico aislados, que produjo el teatro griego, ha sido substituida hoy por lo meramente dramático, en que se mezclan ambos elementos de la realidad, mezclados y confundidos, como en la vida humana.

Con todo el horror que envuelve la presente lucha, la prensa, sin cesar, publica caricaturas y sátiras, que se fundan en las matanzas y desolaciones, y que del mismo dolor extraen la risa.

Habría que increpar a la prensa y a todo el mundo, pues nadie deja de hacer chistes acerca de situación tan desconsoladora, sin que ello impida que cinco minutos más tarde se vuelva al tono elegíaco.

Creo que con ofrecer a la consideración del señor Quintana estas razones, será lo suficiente para que me disculpe.

La historia, por otra parte, también se presta a la sátira y hasta a lo bufonesco.

En chanza se toma a los héroes más insignes.

Las operetas bufas ponen en escena a Agamenón, Aquiles, y hasta a los Dioses.

Ello no envuelve, a mi ver, irreverencia alguna.

Es sencillamente que el espíritu humano ha me-